

ANIMALES

EMMA JANE UNSWORTH



ANIMALES

EMMA JANE UNSWORTH

TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

© Emma Jane Unsworth, 2014

© Traducción: Silvia Moreno Parrado

© Malpaso Ediciones, S. L. U.

Gran Via de les Corts Catalanes 657, entresuelo
08010 Barcelona

www.malpasoed.com

Título original: *Animals*

ISBN: 978-84-16665-56-3

Depósito legal: DL B 20266-2016

Primera edición: noviembre 2016

Diseño de interiores: Sergi Gòdia

Maquetación y corrección: Àtona Víctor Igual, S. L.

Imagen de cubierta: © Paula Bonet

Composición digital: Àtona - Víctor Igual, S.L.

Para Alison

PIPÍ CLARO, BIEN; PIPÍ OSCURO, MAL

Lo típico. Sábado por la tarde. Te despiertas y no puedes ni moverte.

Parpadeé y las motas que flotaban sobre mis ojos se apartaron para dar paso a Tyler que se asomaba a la puerta vestida con su kimono andrajoso.

—A ver —dijo con un vaso en una mano y un cigarrillo encendido en la otra—, a las tías nos atan a la cama por dos motivos: sexo y exorcismo. —¿En tu caso qué ha sido?

Me miré el brazo derecho, que parecía estar levitando, pero no, aquello no era nada tan glamuroso. La pulsera de plástico que llevaba en la muñeca derecha se había colado por un barrote del cabecero durante la noche, con lo que la mano se me había quedado enganchada y el brazo, colgando sobre la almohada. Me retorcí hacia arriba para soltarla, pero sólo conseguí avanzar unos centímetros hasta que una sensación extraña, como elástica, tiró de mí para atrás. Miré hacia abajo. Las medias o, mejor dicho, la pierna izquierda, porque en la derecha aún la llevaba hasta medio muslo, en una imagen un poco zorril, se habían liado en torno a un boliche de la cama. Di un tirón. Mala idea: el nudo se apretó más.

—Ayúdame, anda —grazné.

Tyler había cruzado la habitación y ahora estaba apoyada en el armario. En su armario. Su habitación.

Habíamos salido. ¡Me cago en la puta, vaya si habíamos salido! Una sucesión de imágenes desfiló a través de la neblina mental. Vino con burbujas, vino sin burbujas, las calles

de la ciudad, cuartos de baño, movimientos de *burlesque* muy experimentales sobre taburetes de bar...

Tyler tardó lo suyo en encontrar un sitio donde soltar el cigarrillo. Yo sabía que estaba disfrutando de verdad con aquella escena. Pasaría a engrosar nuestro creciente almacén de anécdotas; otra más que desempolvar, exagerar y saborear en noches futuras que, sin duda, acabarían en indignidades parecidas. «Oye, ¿te acuerdas de cuando te ataste tú sola a la cama?» Brutal.

—Bueno, ¿y tú dónde has dormido? —pregunté.

—No he dormido. Me he hecho un Amélie en el césped de atrás con un vino blanco y las gafas de sol puestas.

«Hacerse un Amélie» era como llamábamos a esforzarse por ver las cosas (o sea, las inevitables cuestiones existenciales) del mejor color diciéndose a una misma que se es una tía guay y que todo va bien. También lo llamábamos «autohechizo». Tenía un índice de éxito del 55 % en función del lugar y las condiciones atmosféricas.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Tyler tiró del nudo, levantó una ceja y desenredó la media hasta convertirla en una recta negra que tensó tirante para enseñármela.

—Las cinco y media.

—¿A qué hora volvimos?

Me tiró la media y dejó la mano en alto. Creí que estaba diciendo que a las cinco, pero no, estaba diciendo que no. «No se va a practicar la autopsia.»

Asentí. Los efectos del autohechizo del día eran estables, pero precarios. No pensar en los finales. No bajar la mirada. Había ciertas reglas que obedecer para asegurarse una resaca sin horrores: nada de noticias, nada de conversaciones telefónicas con los padres, un poco de aire fresco si se podía mantener la verticalidad. Comedias en la tele. Hidratos de carbono.

Me pasé la lengua hinchada por los dientes sin lavar. Olor a granja. Algo peludo.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Como si tuviera una familia de mapaches dentro de la cabeza.

—¿Mapaches? ¡Qué suerte, hija! Yo tengo dos elefantes marinos follándose una bolsa de carne.

Me incorporé. ¡Uh! Un vértigo licuante. El edredón se había resbalado hasta el suelo; sus entrañas colgaban entre los botones que le faltaban a la funda de algodón a rayas. Miré a Tyler de reojo. Metro sesenta, pelo corto rizado. La cara de un querubín caído. Matadora. Sujetó el cigarrillo entre los dientes mientras se abría el kimono para apretárselo más. Llevaba bragas, pero no sujetador: toda una osadía para andar por el jardín en marzo. Se quitó el cigarrillo de los dientes y exhaló:

—Ya sé que esto te va a aturdir aún más —dijo—, pero me estoy emocionando con los Juegos Olímpicos.

Me sujeté la cabeza con una mano y me apreté las sienes con los dedos.

—¿Los Juegos Olímpicos? ¡Coño! ¿En qué mes estamos?

—En marzo.

—Gracias a Dios.

Mi paranoia no era tan paranoide si tenemos en cuenta la vez que nos acostamos un sábado y no nos despertamos hasta el lunes por la mañana. En aquella ocasión, al levantar la cabeza vi a Tyler frenética quitándose el kimono delante de la cómoda.

—¿Pero qué haces, loca? ¡Que es domingo!

—¡Los cojones, domingo! ¡Es lunes y llego tarde, coño!
—dijo sacudiendo la gorra del uniforme para quitarle una colilla de dentro.

—¿Qué tienes en el ojo?

Se miró en el espejo y suspiró.

—Es lápiz de ojos barato de alta definición.

—Es rotulador permanente.

—¡Me cago en la puta! Parezco salida de La naranja mecánica. ¡Ay, ay, ay! ¿qué hago?

En el kimono aún quedaban manchas de vino tinto de aquella noche a pesar de haber pasado ya varios meses. Le dio otra calada al cigarrillo.

—Y el *rover* ya casi ha llegado a Marte, sólo faltan unos meses para ese aterrizaje de neuróticos que tienen preparado. Este verano va a pasar un montón de cosas. No puedo soportar tantas expectativas. Acaban de poner un anuncio de los Juegos Olímpicos con un dibujito animado de un hombre tirándose al agua desde un acantilado. Me ha impresionado.

—Los dibujos animados pueden ser muy conmovedores.

—¿Por qué me emocionan más los dibujos animados que las noticias?

—Pues porque eres perversa. Y americana.

—Bueno, muy poco ya. Americana, digo.

—No me hagas ponerte a prueba con la pronunciación.

Tyler llevaba diez años en Inglaterra y aún conservaba el acento; había algunas palabras que me encantaba oírle decir. Llegó de Nebraska con su madre, profesora de literatura, que había decidido divorciarse y solicitar un puesto en la Universidad Metropolitana de Mánchester. Los Johnson eran una familia pudiente, sobre todo por los beneficios que daba la actividad ganadera de la rama paterna. Tenían un rancho en Crawford, con establos y pavos y un porche con balancín, pero, a pesar de todas las ventajas, Tyler decía que aquello era como vivir en medio de un plano geométrico: un paisaje llano hasta lo espeluznante, distribuido uniformemente en cuadrados de cultivos amarillentos. Sólo tú y el horizonte, esperando. Más en concreto: llenando las horas. Tenías que decirte a ti misma que estabas esperando porque, si no, no tenía ningún sentido desayunar ni cambiarte de camisa.

—Estaba pensando en poner unos lacitos a hervir —dijo Tyler—. ¿Te ves capaz de comer?

—Puede ser.

Miró el reloj.

—Según mis cálculos, este prodigio de la alta gastronomía podría estar listo dentro de unos quince minutos. ¿Necesitas ayuda para levantarte?

—No. Y no seas amable conmigo que me echo a llorar.

—Vale, lo pilló.

Recuperó el cigarrillo del borde de la cómoda y salió de la habitación dejando un rastro de humo tras de sí. El kimono tenía en la parte de atrás el logotipo de un club de *muay thai* de Salford, el Pendlebury Pythons, junto con su eslogan, en letras doradas entrelazadas: «Victoria o muerte».

Me quedé quieta un momento, pensando qué hacer. Necesitaba un protocolo. Levantarme. Lavarme los dientes. Buscar el teléfono.

Teléfono.

Jim.

Mi prometido (aunque los dos odiábamos esa palabra) estaba en Nueva York dando un concierto de piano en una barcaza, en Brooklyn. Habíamos hablado la noche anterior, cuando iba a hacer la prueba de sonido. «Ve con cuidado», me dijo. Me conocía, sabía cómo me ponía la noche, sabía cómo nos animábamos mutuamente Tyler y yo. «Claro», respondí. En aquel momento yo estaba fumando «con cuidado» delante de un bar de Oxford Road mientras Tyler estaba dentro copiándose «con cuidado» el número de un camello en el antebrazo con perfilador de labios antes de que se le agotara la batería del móvil. El resto fue... bueno, no exactamente una historia, más bien, una sucesión de acontecimientos que contribuyeron al mismo dolor de cabeza, al mismo monedero vacío, al mismo día siguiente perdido, pero al menos habíamos conseguido llegar a casa. (Cuando te aferras a los subterfugios miserables del autohechizo te

felicitas por los crímenes que has evitado.): Oye, había sido capaz de contenerme, volver a casa y más o menos meterme en la cama. La semana anterior habíamos acabado en una casa de Stretford con un controlador aéreo de cincuenta años llamado Pickles que nos había invitado a una copa (estrictamente amistosa) para acabar descubriendo que sólo tenía la dieciochoava parte de una botella de ginebra en el armario de la cocina. «Se me escapa cómo pudo haber sobrevalorado la situación hasta ese extremo —dijo Tyler—. Sólo por eso ya no deberíamos volver a montarnos en un avión.»

Miré a un lado y vi un vaso que de algún modo había tenido el acierto de llenar y poner ahí antes de derrumbarme. Lo alcancé y le di uno, dos, tres sorbos. El líquido se volvía crema al pasar por mi boca pastosa. Me costaba tragar. Bebí agua como si fuera una tarea que cumplir, unas prácticas no remuneradas en mi propio Ministerio de Sanidad interior (corrupto hasta la médula). Me costó mucho bebérmelo entero. El agua quiso salir en cuanto estuvo dentro de mí. Corrí por el estrecho pasillo hasta el baño, seguida por la media izquierda. Cerré de un portazo.

Qué maravilla, el frío de los azulejos bajo mis pies. El baño era la mejor de las habitaciones. Sabías que, pasara lo que pasara dentro, todo iba a ir bien. Tenías un lavabo, un váter, nada de mobiliario blando y, por lo general, ningún público. Me bajé las bragas y me senté. Un rayo de pipí cayó en picado y el resto fue saliendo en chorrito.

La pared que tenía enfrente estaba llena de agujeros —una sucesión de heridas causadas por distintos portarrollos, toalleros, estantes y, aunque esto sólo podía imaginármelo, puños y dedos— que los inquilinos anteriores habían enmasillado y pintado chapucosamente de un empalagoso color amarillo claro. Por el otro lado, mi rodilla se apoyaba sobre el endeble lateral de una bañera de fibra de vidrio. La más leve presión podía abollar la bañera hacia dentro y hacia fuera. A veces lo hacía por diversión, lo de empujar hacia

dentro y hacia fuera con la rodilla (durante horas, en ocasiones). Todo un paisaje urbano de cosméticos en proceso de cuajarse ocupaba el borde de la bañera y luego, a los pies, el guiño del lavabo, al que le faltaba el cabezal del grifo del agua caliente. De un clavo situado sobre el lavabo pendía una larga cadena con un corazón de metal rojo, polvoriento, hueco y con agujeritos en forma de media luna, al lado de un espejo de tocador extensible que Tyler usaba para pintarse la raya del ojo. Junto al lavabo había dos billetes doblados, secándose en equilibrio sobre un aro del toallero. Me puse de pie y miré la taza antes de tirar. Recordé lo que siempre decía una antigua compañera de trabajo: «Pipí claro, bien; pipí oscuro, mal». Orwelliano en su visceral simplicidad. El líquido que acababa de mandar a la taza del váter era casi ocre. Nada bueno, no, no, no. Había que beber más agua.

Recorrí el pasillo hasta la cocina y dejé atrás los abrigos, sombreros y bolsos que colgaban de los ganchos como los vaporizados de 1984. El piso era de Tyler (su padre había apoquinado el dinero —no sólo la fianza, ¡cuidado!, sino todo el dinero— poco después de que se mudara) y en teoría yo debía darle cien libras al mes por mi cajita de cerillas sin muebles, pero ni yo las tenía ni ella me las pedía nunca. El piso formaba parte de una cooperativa de viviendas de madera y cromo que se había construido en Hulme, al sur del centro, a finales de los noventa. El bloque tenía un patio central común, con un trozo de césped y unos cuantos parterres en alto en los que la gente con el tiempo y la capacidad de organización necesarios cultivaba sus propias verduras. En algún momento, unos vecinos habían intentado criar allí pollos («atrapadas en la puta Ciudad de los Pollos», decía Tyler parafraseando a John Cooper Clarke)¹ en un pequeño cobertizo de madera sostenible que habían cortado ellos mismos o algo así, pero no habían durado mucho, por los zorros. La propia Zuzu había traído arrastrando cuatro gallinas a través de la gatera, ya con la cabe-

za caída y primorosamente perforadas, las había dejado despatarradas en mitad del suelo de la cocina y nos había mirado como diciendo: «Esto lo he cazado yo, cabronas, lo mínimo que podéis hacer es desplumarlo y cocinarlo». A nuestro alrededor vivían sobre todo jipis, *pijjipis* los llamaba Tyler («limpiador de baños ecológico y cincuenta jerséis de marca...»). En la zona comercial de la planta baja había una cafetería vegana a la que Tyler y yo íbamos a comer cuando se nos olvidaba hacer la compra (a menudo): allí nos llevábamos nuestro jamón y nuestra miel, que añadíamos a la comida por debajo de la mesa para darle un poco de vidilla; lo segundo, porque a) a Tyler le gustaba endulzar las tostadas y b) una vez la regañaron cuando les preguntó si tenían miel. Estaba segura de que le contestarían que sí. «Me miraron como si acabara de sacrificar a un orangután delante de ellos —me contó— y era miel. ¡Pero si es un producto natural! A las abejas les encanta fabricarla. Nadie las obliga. ¿Cuándo va a terminar esta locura?»

Estaba en la cocina cortando en rodajas un montón de salchichas alemanas de bote con Zuzu, expectante, enroscada en sus tobillos. Zuzu estaba cachas, parecía más un vehículo militar que una gata. Salió disparada pasillo arriba y pasillo abajo y me hizo daño al pisarme. Tyler se acercó al fregadero, escurrió la olla y volcó la pasta en un bol. Unos cuantos lacitos grasientos se cayeron por los lados y se deslizaron, humeantes, por el escurridero.

—Capitán, nos va a hacer falta un barco más grande.

Se puso a dar vueltas por la cocina en busca de una fuente más grande y al final acabó encogiéndose de hombros y volcando la pasta otra vez en la olla.

—¡A tomar por culo! Eso es para ti, por cierto.

Miré a la encimera de enfrente y vi un vaso grande de agua fría y dos ibuprofenos. Me los tragué y la rodeé para rellenar el vaso en el fregadero.

Tyler echó las rodajas de salchicha a la olla, añadió un chorreón de ketchup por encima y lo mezcló todo con el

mango de una paleta para pescado oxidada.

—Pues Tom me ha mandado un mensaje.

Solté el vaso de agua y la miré.

—Jean se ha puesto de parto.

Jean era la hermana de Tyler. Vivía en Londres. Trabajaba en algo relacionado con la financiación de museos. O, al menos, a algo así se dedicaba en su vida anterior.

—Mierda.

—Sí. Está dilatando. Y dice que todo es culpa de él. Ya sabes cómo van estas cosas.

Hizo una mueca al decirlo. Tyler y Jean estaban muy unidas, tan unidas que, cuando Jean se quedó embarazada, aquello supuso una traición enrevesada habida cuenta de que, con veintiocho, Jean tenía un año menos que su hermana. «¡Otra más que perdemos para diez años!» fue la reacción inicial de Tyler, acompañada de un movimiento de la manga del kimono, como un emperador romano que declarara la clausura de los juegos.

—¿Está bien? —pregunté—. ¿Qué...?

Era difícil saber qué preguntar sobre alguien que estaba de parto. ¿Cómo está aguantando el perineo? ¿Ya se ha cagado encima?

Jeannie Johnson. La misma a la que una vez le había salido ardiendo el vello púbico por subirse desnuda a una mesa con velas. Nos había dado mil vueltas a todas. ¿Y dónde estaba ahora? Soltando clichés, con los pies en unos estribos.

—Sí —dijo Tyler—. Tom llamará cuando haya noticias.

Me pasó el cuenco y una taza, un tenedor y una cucharilla y fue caminando delante con la olla entre las manos. Se detuvo en la puerta de la cocina y se giró. Ojos de animal nocturno, negros y brillantes.

—¿Quieres vino?

Nos quedamos mirándonos unos instantes, sopesando los diversos deseos y dudas que se agitaban en nuestro interior. Después de todo, la primera norma de la borrachera

era la compañía. Si te emborrachas con alguien más, tienes una fiesta; si lo haces sola, tienes un problema. Noté la sequedad de mis entrañas, los conductos crujiendo y resoplando.

—No sé, ¿tú vas a tomar?

—No lo sé.

—Bueno, ya que está allí, podemos tomar algo.

—¡Sí! —dijo Tyler, bailando con la olla—. ¡Bebamos como auténticos montañeros!

Fue trotando hasta el salón, soltó la olla en el cristal de la mesita y volvió trotando a la cocina. Regresó pocos minutos después con dos vasos mugrientos llenos de vino blanco. En la parte de arriba, donde los había enjuagado, quedaban gotas de agua. Puso uno en la mesa y bebió del otro con ganas.

En algún lugar empezó a sonar mi teléfono. Corrí a buscarlo levantando cojines y revolviendo papeles. Había libros por toda la casa, sobre todo de poesía. El año anterior habíamos hecho con ellos un árbol de Navidad: abajo los de tapa dura, luego los de tapa blanda y, para rematar, finos volúmenes de colecciones modernas (*La reina hada* de Spenser apuntalado en lo más alto). Lo envolvimos todo con lucecitas que, apagadas, parecían alambre de espino. Ya sólo quedaban las tres ramas de abajo. Las desmonté y las arrojé al otro lado de la habitación.

—Está en tu chaqueta, en la entrada —dijo Tyler mientras se sentaba—. Ya ha sonado dos veces.

Busqué mi chaqueta en el perchero de la entrada y palpé los bolsillos hasta notar el bulto, rectangular y delator, del teléfono. Era Jim, claro que era Jim: sólo había dos personas que me llamaban y una de ellas estaba en la habitación de al lado. Respondí.

—Hola.

—Buenas.

Pensé lo mismo que siempre: la contradicción. ¡Oh, la belleza de los teléfonos! Pero también, la insuficiencia. La

voz de Jim era un bálsamo: acento del centro de Inglaterra suavizado por una sibilancia natural y el paso por una universidad del sur. Henry Higgins tal vez lo habría clavado, pero al resto del mundo le resultaba difícil de situar. El mío se identificaba al instante con Mánchester: demasiado entrecortado para Lancashire y demasiado gutural para Cheshire.

—¿Qué tal la noche? —preguntó.

Estaba agarrada al teléfono, encorvada en el pasillo, sintiéndome de pronto como un duende agazapado en la sombra. Se oía el zumbido de la larga distancia. Pensé en los labios nítidos y ágiles de Jim, en los colores del mapa político del mundo, en satélites orbitando lentamente. En el salón empezó a sonar la tele.

—Divertida —respondí.

—¡Qué bien! ¿Cómo de divertida?

—Pues divertida en plan de «a casa a dormir pero con un poquito de resaca». ¿Y tu concierto?

—Pues divertido no, aunque la gente estuvo muy bien.

Jim llevaba dos meses sin probar el alcohol, decisión que había tomado cuando de pronto se vio con tanto trabajo que, entre viajes y ensayos, apenas tenía un día libre. Al ser concertista de piano, no podía arriesgarse. Los aficionados a la música clásica estaban siempre atentos hasta el extremo.

—¿Cómo está Tyler? —preguntó.

Siempre preguntaba. Eso había que reconocérselo.

«Esnifó un chupito de tequila con una pajita. Robó un ambientador de pino de un taxi. Y además...»

—Se le rompió un zapato. Por lo demás, ilesa.

Estábamos cruzando una calle a la carrera cuando el tacón de plástico de su botín —que llevaba desde diciembre amenazando con salirse— se soltó del todo. Tyler profirió un largo y sonoro «¡mieeeeeeeeeeeerda!» y luego empezó a canturrear, muy cursi: «Elegiste un momento estupendo para dejarme, tacón suelto...».²